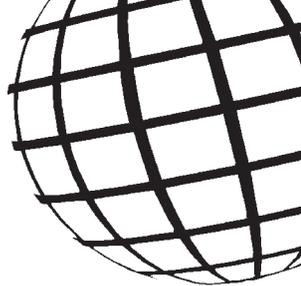


La Prospectiva: alcances y límites en Ciencias Sociales* **



Luz Araceli González Uresti***

Resumen:

Las Ciencias Sociales siempre han estado inmersas en debates teóricos y metodológicos cuya naturaleza está intrínsecamente relacionada con las perspectivas paradigmáticas que subyacen en cada uno de ellos. En este marco la inclusión de la Prospectiva como recurso metodológico para la construcción del futuro no ha escapado a los debates y controversias; no obstante, se vuelve tarea urgente conocer, analizar y evaluar este campo, que incluso, en algunos sectores, ha alcanzado el estatus de disciplina.

Este trabajo presenta de manera amplia la Prospectiva y el alcance y posibilidades que ofrece como herramienta de análisis para la determinación de escenarios en el ámbito de lo social, ilustrando su desarrollo en un ámbito particular de las Ciencias Sociales: las Relaciones Internacionales.

Abstract:

Social sciences have always been immersed in theoretical and methodological debates whose nature is intrinsically related to their underlying paradigmatic assumptions. In this context, the inclusion of prospective analysis as a methodological resource for constructing the future has not escaped controversy and debates. Nonetheless, it has become imperative to explore, analyze and evaluate this field, which in some instances has even reached disciplinary status. This work introduces prospective analysis in depth, the scope and the possibilities it offers as an analytical tool to determine social scenarios in general and in the case of international relations in particular.

Palabras clave:

Análisis prospectivo – metodología – construcción de escenarios – ciencias sociales.

Key words:

Prospective analysis – methodology – building future scenarios – social sciences.

* Fecha de recepción: 07 de octubre de 2014. Fecha de aprobación: 29 de abril de 2015.

** Este trabajo forma parte de una investigación más extensa publicada en: Zeraoui *et al.* (2011) *Introducción a la Prospectiva*. Editorial: Montiel & Soriano con Tecnológico de Monterrey. México.

*** Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesora Investigadora SNI 1. Directora del Departamento de Relaciones Internacionales y Ciencias Políticas, Tecnológico de Monterrey, campus Monterrey.

En torno a la Prospectiva: algunas notas introductorias

La necesidad del hombre por conocer el futuro ha estado presente a lo largo de todo el desarrollo histórico de la humanidad. En cada etapa de su evolución es recurrente observar la presencia de magos, chamanes, pitonisas, oráculos, profetas, clarividentes, astrólogos, consejeros, asesores y hasta ahora los multicitados *ThinkTanks*, cuyas funciones han estado orientadas a descifrar e identificar los acontecimientos que depara el futuro, a fin de aconsejar a los encargados de tomar decisiones, ya sea en las esferas del poder político, económico, militar y hasta en el plano personal.

Quién puede olvidar a personajes como la mítica Cassandra, quien vaticinó la caída de Troya y la muerte de Agamenón, o a Michel de Nôtre Dame, más conocido como Nostradamus, quien no sólo se contentó con profetizar la muerte de su contemporáneo, el rey Enrique II, sino a quien le han atribuido profecías de siglos muy posteriores a su época. Es también célebre la presencia, en las más altas esferas del poder ruso en las épocas de Nicolás II Romanov, de Grigori Yefimovich Rasputín, llamado el «hombre santo», quien combinando sus dotes místico-religiosas tuvo una fuerte influencia en el rumbo de los acontecimientos de la Rusia Zarista de inicios del siglo XX (Robert Service, 1997, 39) y quien llegó incluso a predecir su propia muerte y con ella la caída del Imperio Ruso. Mención también merecen consejeros como el propio Kissinger quien, desde perspectivas más académicas, tenía la misma función que los anteriores: indicar guías de acción en función de los escenarios futuros.

La incertidumbre que representa el futuro ha impulsado la creación de múltiples medios supuestamente para desentrañar sus secretos. Los oráculos como el de Delfos, de Olimpia, entre muchos más, son prueba de ello. También se han ideado, para descifrar los arcanos del porvenir, distintos instrumentos y técnicas como el Tarot, las Runas, la lectura de cartas, manos, tierra, órganos de animales, hasta las famosas “bolas de cristal” e incluso la interpretación de los astros. Evidentemente, todos estos procedimientos han sido fuertemente criticados por su carga mágica, mística e incluso esotérica. No obstante ello, quién podrá olvidar el fuerte peso que ejercía en el ex presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, su astrólogo de cabecera.

A casi dos décadas de iniciado el siglo XXI, en el escenario internacional parecen consolidarse cada vez con mayor fuerza muchas de las tendencias, retos y amenazas que se presentaban en algunas de las tesis que estuvieron en boga hace ya un par de décadas. Autores como ZakiLaïdi en su libro: *Un*

mundo sin sentido, señalaba que “la globalización se había vuelto el tema central del análisis político, el marco más aceptado de interpretación de los fenómenos macro sociales, tanto en las sociedades del Norte como en las del Sur” (ZakiLaïdi, 1997,11) por lo que ésta se había convertido en una importante representación social y marco de referencia de prácticamente todos los procesos, lo que implicaba un enorme riesgo ya que al abarcarlo todo, acababa por no explicar nada. No obstante ello, reconocía que la globalización implicaba diversos procesos los cuales provocaban, “en el plano estructural, una transformación del sistema mundial” (ZakiLaïdi, 1997,20) en el que ya no sólo los Estados como unidades nacionales se vinculan a otros como los actores protagónicos, sino que a estos se añadían agentes económicos, sociedades, individuos, grupos y demás fuerzas a través de una interdependencia compleja e inestable. Laïdi afirmaba que en lo sucesivo entraríamos en un sistema social mundial cuya característica dominante es que, al mismo tiempo, será global pero no sistemático, lo que implicaría nuevos enemigos y amenazas difusas (ZakiLaïdi, 1997,234), resultado de la dislocación que se ha dado entre poder y sentido derivado de las profundas transformaciones acaecidas al cierre del siglo pasado.

Todos estos cambios evidenciaron el fin de las Luces, es decir, el fin de la promesa de la Modernidad y su ideal de progreso, por lo que las sociedades, al enfrentar la pérdida del *Telos*, y la falta de proyectos y metas, se veían empujadas a acoger, paradójicamente, las “certidumbres” del pasado. De este modo las ideas del retorno, ya sea a lo nacional, lo religioso o lo étnico, reavivarían la rivalidades y las diferencias como producto de la frustrada promesa social y política de un porvenir mejor. Para ZakiLaïdi, “la proyección de los individuos en el porvenir y el mundo se halla lejos de resultar en la definición de un proyecto, pues no existe conexión entre proyección en el espacio y proyección en el tiempo largo” (1997,35). De esta manera, el futuro se mostraba profundamente incierto y sin sentido.

Por aquellos mismos años del arranque del nuevo milenio, Ignacio Ramonet también intenta hacer un diagnóstico del mundo y de las principales tendencias de la sociedad global. En su libro, *Un mundo sin rumbo*, definía al cierre del siglo XX como un periodo excepcional, un verdadero cambio de era, una auténtica mutación, todo lo cual generaba una nueva angustia en Occidente y un profundo malestar en las sociedades desarrolladas (Ignacio Ramonet, 1997,17). Para Ramonet las transformaciones que se dieron hacia el cierre del siglo pasado anunciaban una era de grandes turbulencias. A decir del autor, “el enemigo principal dejó de ser unívoco; se trata, antes bien, de

un monstruo de mil caras que puede adoptar sucesivamente las apariencias de la explosión demográfica, la droga, las mafias, la proliferación nuclear, los fanatismos étnicos, el sida, el virus Ébola, el crimen organizado, el integrismo islámico o el yihadismo, el efecto invernadero, la desertificación, las grandes migraciones, las nubes radiactivas, etc. Todas ellas, amenazas a escala planetaria y sin fronteras, que se propagan sobre el conjunto de la Tierra y a las que no puede combatirse con las armas clásicas de la guerra” (Ignacio Ramonet, 1997,23). Además, agregaba que la incertidumbre se había convertido en la única certeza, y que una especie de “siniestralidad” mundial se extendía en un clima general de queja y desencanto.

Ramonet, al igual que Laïdi, reconocía a la mundialización como el fenómeno dominante, en el que la interdependencia, cada vez más fuerte de las economías de numerosos países, funciona según las reglas de los mercados financieros a las que los Estados y sus representantes políticos no hacen sino apegarse, por lo que la economía se ha impuesto a la política. Así, el paradigma del progreso y la máquina propio de la modernidad ha sido relevado por el de la comunicación y el mercado (Ignacio Ramonet, 1997,241). Frente a este escenario, Ramonet comentaba que las sociedades occidentales ya no se ven con claridad en el espejo del futuro, pues están atormentadas por el desempleo, ganadas por la incertidumbre, intimidadas por el impacto de las nuevas tecnologías, perturbadas por la globalización de las economías, preocupadas por la degradación del medio ambiente y ampliamente desmoralizadas por una corrupción galopante (Ignacio Ramonet, 1997,13). Además, añadía que en materia geopolítica y geoestratégica todo se había complicado terriblemente, al punto de que podría hablarse de una geopolítica del caos por lo que “la era planetaria, en cuyo umbral nos encontramos, aparece llena de incógnitas, riesgos y amenazas” (Ignacio Ramonet, 1997,15).

La misma idea de un mundo caracterizado por el caos fue ampliamente desarrollada en la obra colectiva titulada *Geopolítica del Caos*, editada por Antonio Albiñana. En ella se reconocía que al cierre del siglo XX se extendía a nivel planetario una atmósfera de caos generalizado que sumergía en la violencia a Estados, grupos y sociedades. Un mundo en que las Organizaciones de Naciones Unidas no logran hacer cumplir la tesis del multilateralismo frente a la avasalladora fuerza del unilateralismo, y en consecuencia los conflictos, la violencia y las convulsiones ya no son únicamente militares, pues al lado de éstas, nuevas guerras se desarrollan a escala planetaria y donde las desigualdades hacen que el abismo entre los que tienen y los que no, se profundice a niveles inéditos. “Asistimos así a un espectáculo insólito: el

de un ascenso de la potencia de las empresas planetarias frente al que los contrapoderes tradicionales (sindicatos, partidos, prensa libre) parecen cada vez más impotentes. Por vez primera, el fenómeno de la globalización no está siendo piloteado por los Estados que, frente a las empresas gigantes, pierden progresivamente sus prerrogativas. ¿Pueden los ciudadanos dejar que todo esto siga su curso? ¿Cómo oponerse a las convulsiones planetarias de nuevo tipo que amenazan la democracia?, (Antonio Albiñana, 2001, 29). Preguntas sin respuesta ante el escenario poco alentador del futuro.

Ese mismo escenario poco alentador respecto al futuro fue ampliamente analizado por Robert Kaplan en su libro: *La anarquía que viene*, en donde plantea que “África occidental se está convirtiendo en el más perfecto símbolo del estrés demográfico, medioambiental y social a nivel mundial; donde la anarquía criminal se erige como el verdadero peligro «estratégico». La enfermedad, la superpoblación, el crimen organizado, la escasez de recursos, las migraciones de refugiados, la creciente erosión de Estados-nación y fronteras internacionales y la autorización de ejércitos privados, empresas de seguridad, y cárteles internacionales de tráfico de drogas se manifiestan de un modo revelador” (Robert Kaplan, 2000,21) por lo que para redefinir el mapa político del planeta en las próximas décadas ha de empezarse por esta región, ya que “el futuro del oeste africano, con el tiempo, será también el de la mayor parte del resto del mundo” (Robert Kaplan, 2000,24).

Como se puede observar, Laïdi, Ramonet, Kaplan y muchos autores más, que no citamos pues la lista es muy extensa, hacen análisis de su época y se aventuran en señalar, desde las formas más sutiles hasta las afirmaciones más categóricas, el rumbo que tomarán las sociedades en el futuro. Pero la pregunta que salta a la vista es: ¿sobre qué bases se construyen estos futuros?

El siglo XX fue el escenario en que se va formalizando académicamente la búsqueda constante, por darle un carácter científico al estudio del futuro. Sin lugar a dudas, tal y como en épocas pasadas, la incertidumbre que éste genera empuja a diversos estudiosos a tratar de establecer mecanismos e instrumentos que, desde la lógica del pensamiento positivista de la ciencia, permitan su aprehensión y conocimiento oportuno para actuar, supuestamente, de manera eficaz en él.

El surgimiento de la futurología (*futuresstudies*) en la primera mitad del siglo XX va a ser, junto a los estudios de Pronósticos, el inicio de toda una nueva corriente de análisis, la cual no dejó de ser fuertemente criticada e incluso descalificada pues solía identificársela con visiones más próximas a la astrología

o la ciencia ficción. Ya para la década de los cincuenta hará su aparición en los círculos académicos una nueva área de estudio llamada Prospectiva, gracias a los esfuerzos de Gaston Berger, entre otros estudiosos.

Este enfoque más científico de los estudios del futuro estará detrás de importantes Centros de Investigación, e irá convirtiéndose en un área obligada para los responsables de la planeación estratégica, asesoría, y o consultoría en los más diversos ámbitos de la actividad humana. Fundaciones como la Corporación RAND (Research and Development), o Institutos como el Laboratoire d'Innovation, de Prospective Stratégique et d'Organisation en París, o la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno español, son prueba de ello.

Si bien el concepto de Prospectiva suele referirse a la ciencia que estudia el futuro para comprenderlo e influir en él, también es definido como una disciplina y un conjunto de metodologías orientadas al estudio, análisis y construcción de escenarios futuros (futuribles). “La prospectiva estratégica consigue desligar pasado y presente del futuro por medio de la anticipación, es decir, considera lo que *puede* ocurrir, no lo que *va* a suceder. Estos diversos futuros se validan al determinarles un grado de ocurrencia. Para poder llevar a cabo esto, se mezclan métodos cuantitativos con cualitativos, es decir, métodos objetivos como los econométricos con subjetivos como los intereses de los actores, con lo cual se obtienen los puntos y procesos de quiebre que permitirán crear el espectro de los futuros alternativos” (Andrea Cárdenas, 2006, 92). De esta manera, la prospectiva se ha posicionado como el conjunto de métodos, técnicas, teorías y herramientas conceptuales que desde perspectivas multidisciplinarias busca formular estudios sobre el futuro con rigor científico; de ahí que esté siendo aplicada en distintos ámbitos del saber humano como la Economía, la Ciencia Política, las Relaciones Internacionales, las Finanzas, la Administración, las Ingenierías, entre muchos otros campos y diversas áreas estratégicas en los ámbitos público y privado. No obstante, uno de los principales retos en la época actual es que la Prospectiva adquiera mayor injerencia en los diversos esfuerzos académicos y de investigación en las Ciencias Sociales, ya que de mantenernos al margen de sus aportes podemos condenarnos, los científicos sociales, a seguir anclados en visiones, en algunos casos con profundo contenido histórico, o en otros apegados a análisis marcadamente coyunturales sin posibilidades de actuar efectivamente en el futuro. Reto indispensable del siglo XXI.

Ciencias Sociales y Prospectiva: una aproximación desde la disciplina de las Relaciones Internacionales

Considerando que desde sus orígenes como disciplina social a principios del siglo XX, y hasta nuestros días, el estudio de las Relaciones Internacionales se ha caracterizado por la presencia de diversos debates en torno a su naturaleza, especificidad, consistencia epistemológica y posición disciplinaria en el contexto de las Ciencias Sociales, resulta imperativo hacer algunas reflexiones en torno al peso y significado que han logrado alcanzar los estudios internacionales, así como señalar sus principales limitaciones para hacer frente a los retos del mundo actual.

Hoy día, prácticamente nadie puede cuestionar la imperiosa necesidad y utilidad que se tiene de estudiar los temas relacionados con los asuntos mundiales; situación claramente distinta a la vivida a principios del siglo XX y prácticamente hasta la década de los cincuenta, cuando en términos generales se pensaba en lo internacional como algo ajeno, distante y poco relevante para la inmediatez de las diversas sociedades nacionales. El mundo contemporáneo caracterizado, entre otras, por las tendencias de la globalización, la interdependencia y el aceleramiento de los contactos de todo tipo a nivel internacional, ha puesto en evidencia la creciente necesidad de entender, analizar y sobre todo formar profesionistas mejor capacitados para dar cuenta de esta dinámica no sólo en términos de los procesos actuales, sino con la formación necesaria de dar cuenta de los escenarios futuros.

Debemos aclarar que, si bien durante muchos años, incluso siglos, los hombres han escrito y reflexionado sobre los fenómenos internacionales, no va a ser sino hasta el periodo entre guerras del siglo pasado en el que esta materia de estudio se formaliza y adquiere carácter disciplinario. Por lo tanto, y derivado de su reciente incorporación al plano de las ciencias sociales, pues no ha cumplido aún cien años de vida, es que ésta se ha visto sometida a las más duras críticas sobre su estatus y vinculación con otras áreas del saber.

Si partimos de la consideración de que una disciplina se define como un conjunto de conocimientos organizados y sistematizados orientados a la enseñanza y formación de profesionales en un área del saber humano, y, en consecuencia, la actividad disciplinaria se identifica como la formulación y reformulación incesante de un cuerpo de conocimientos sobre una materia objeto de interés social (H. Heckhausen, 1980) o, como lo apunta Arroyo Pichardo: “por disciplina debe entenderse un conjunto de conocimientos organizados para la enseñanza; de ahí su diferencia con la ciencia, que es

el resultado no de la actividad de enseñanza sino de investigación” (Arroyo Pichardo, 1977, 29), podemos señalar que el surgimiento de toda disciplina está directamente vinculado a una actividad científica previa, es decir, mientras que la actividad disciplinaria está orientada a la enseñanza y el aprendizaje de conocimientos científicos, la ciencia se entiende como esa actividad humana que busca dar respuesta a las incógnitas surgidas en la mente de los investigadores sobre determinados asuntos o aspectos de la realidad que se perciben como problemáticos. Asimismo, debe destacarse que el quehacer científico, como actividad intelectual, está directamente condicionado por el mundo real, es decir, los cambios, retos y necesidades que presenta el entorno se convierten en objeto de indagación científica.

En consideración de lo anterior es que, para poder entender el advenimiento de las Relaciones Internacionales como una disciplina más dentro del contexto de las Ciencias Sociales, es imperativo detenernos un poco para recordar cuáles eran las condiciones imperantes en el mundo en aquella época. Recordemos que al inicio del Siglo XX parecía privar en la atmósfera de las sociedades desarrolladas un ambiente de confianza y optimismo derivados de los importantes logros y avances de la era del capitalismo industrial, producto de la modernidad que no hacía sino garantizar el progreso y el bienestar de la sociedad. Las promesas del progreso fincadas en el pensamiento liberal e individualista de la época garantizaban, por lo menos para los pueblos de Europa occidental y Estados Unidos, la aurora de una nueva y más feliz era en la historia de la humanidad, tal y como lo relata Michael Howard en uno de sus trabajos (Michael Howard, 1999, 27).

El capitalismo liberal, fincado en las ventajas materiales que otorgaban la revolución industrial, el libre mercado, la producción en serie, aunado al proyecto político en el que la democracia liberal iba ganando terreno con sus ideales de igualdad política, libertad de expresión, de asociación y de participación en la vida pública de los Estados con la extensión del sufragio y la instauración de gobiernos representativos, se iría convirtiendo en el germen que paulatinamente llevaría a los proyectos políticos de la época a confrontaciones, prácticamente inéditas; no obstante, “en 1900 las fuerzas de la ciencia, la razón y el progreso que se relacionaban con la Ilustración del Siglo XVIII parecían haber ganado el combate en Europa” (Michael Howard, 1999, 28), creciendo así la confianza en que las innovaciones tecnológicas y el uso y perfeccionamiento de las máquinas generarían beneficios y mejores condiciones de vida para toda la humanidad y no sólo para unos cuantos (Pasquale Villani, 1996,10); el futuro se visualizaba en términos de progreso

material y estándares de vida superiores. Justamente éste será el entorno en el que las Relaciones Internacionales surgirán como disciplina.

Autores como Cárdenas Elorduy o Celestino del Arenal, por sólo mencionar algunos, coinciden en señalar el año 1919 como la fecha oficial que marca el surgimiento de la disciplina que nos ocupa. El año no es casual, representa en sentido histórico y no cronológico el inicio real del siglo XX, ya que la Gran Guerra de 1914-1918 vino a derribar los supuestos fundamentales en los que se había estructurado el orden internacional prácticamente desde la época del Congreso de Viena, y al mismo tiempo sentó las bases para una nueva organización internacional y una nueva forma de entendimiento en el ámbito mundial.

Como ya habíamos apuntado, toda ciencia responde a una problemática concreta que se presenta ante los ojos del estudioso, quien toma conciencia de la necesidad de explicarla y teorizar sobre ella; así, durante el periodo de la primera posguerra se va a reconocer, de manera expresa, la existencia de una serie de procesos, que si bien habían estado presentes desde siempre en el ámbito de las interacciones entre las sociedades, no habían sido analizados desde una perspectiva amplia y omnicomprendiva. Además, las experiencias de la conflagración llevarían a los estudiosos a la necesidad no sólo de formular explicaciones de lo ocurrido, sino a proponer visiones prescriptivas y teleológicas, capaces de orientar el esfuerzo de los encargados de los procesos de toma de decisión en las más altas esferas del poder nacional con el objeto de diseñar escenarios futuros sobre los ideales de la paz y la cooperación.

Los años posteriores a 1919 serán el escenario en el que surgirá y se irá desarrollando la disciplina de las Relaciones Internacionales; área del conocimiento destinada, en su origen, a dar cuenta de las causas que propician la guerra, tomando como objeto de estudio la Gran Guerra de 1914-1918, y a encontrar, desde perspectivas teórico-analíticas, los mecanismos que garantizaran la paz a nivel internacional; de ahí que en sus orígenes se les vea una marcada inclinación a la polemología, disciplina que estudia las causas de la guerra, y a la irenología, es decir, a la corriente de investigación que estudia la paz a partir de un cierto compromiso personal y social, en el que se da a ésta una valoración de máxima prioridad, fincada en la normatividad.

La realidad de 1919, impregnada por sentimientos de desesperanza, crisis moral, de valores y un ánimo generalizado del sin sentido, propiciados por los devastadores efectos de la guerra, en la que la lógica de la irracionalidad había sido exaltada y fundamentada con la devastación de más de 4 años de

destrucción intraeuropea, que dio por saldo más de 10 millones de muertos y un muy elevado número de heridos, mutilados e incapacitados, y en general una ruptura de todos los valores a partir de los cuales se había desarrollado la sociedad europea desde prácticamente el orden de Viena, serán el contexto histórico y la realidad social que buscan entender los estudiosos de la época, y para lo cual consideran necesaria la organización de una nueva disciplina; a saber, las Relaciones Internacionales.

En su libro *Teoría de Relaciones Internacionales*, Gabriel Gutiérrez Pantoja nos dice que el cómo de conocer “científicamente” el mundo ha llevado a proponer diversas formas de clasificación de las ciencias, de conformidad con las características del objeto de estudio; una de las más comunes es la que se hace en ciencias empíricas o fácticas y en ciencias formales. Las ciencias empíricas o fácticas concentran su atención en la realidad material, objetiva, tangible, en suma, en el universo en que vivimos, y esta atención involucra especialmente la utilización de los sentidos para la aprehensión de la realidad. A su vez, las ciencias fácticas se dividen en ciencias naturales y ciencias sociales; las primeras comprenden todos los objetos más o menos estables, pasivos, no racionales: flora y fauna, minerales y vegetales, terrenales y siderales. En estas ciencias se establecen proposiciones que son consideradas leyes que se observan, se experimentan y se verifican. Cada elemento del complejo universo se convierte en objeto de alguna división de la ciencia o de la subdivisión o derivación de alguna de ellas.

A partir de lo anterior, podemos afirmar que la disciplina de las relaciones internacionales se ha venido constituyendo como un área sumamente amplia, pues su objetivo de aprehender la realidad de manera integral y omnicompreensiva exige un esfuerzo de integración y síntesis de las aportaciones desarrolladas en diversas áreas del conocimiento. Es en virtud de esta situación que la interdisciplinariedad, la multidisciplinariedad y la transdisciplinariedad han sido, desde su inicio, sus características esenciales.

Sobre este tema Roberto Peña (1998,180) comenta:

“El tema de la interdisciplinariedad y científicidad en Relaciones Internacionales nos ubica en el centro de la polémica histórica, relativamente añeja pero trascendental ante la actual revalorización y reestructuración de las Ciencias Sociales en el mundo, sobre el cuestionado status de nuestra disciplina, su reconocimiento como ciencia social con identidad propia, los prolegómenos de su esencia interdisciplinaria y su estructuración epistemológica”.

En consecuencia, las Relaciones Internacionales, como prácticamente todas las ciencias, recurren a conocimientos, conceptos y perspectivas elaborados en otras áreas. Lo que hace que esos conocimientos sean verdaderamente útiles y, al mismo tiempo, diferenciables en la nueva ciencia, es el hecho de que tales aportaciones adquieran una función instrumental que facilite, pero no sustituya, las explicaciones y conocimientos alcanzados que aún requieren profundizar en la dimensión prospectiva de la disciplina.

Si hoy en día nos preguntamos cuál es el estado actual de la teoría de Relaciones Internacionales, podemos, sin temor a equivocarnos, afirmar que prácticamente seguimos anclados en las mismas visiones paradigmáticas surgidas hace ya varias décadas, y lo único que se ha hecho, en la mayoría de los casos, es reformular viejas nociones; de ahí la abrumadora presencia de los neologismos, actualmente tan en boga, tales como el neorrealismo, el neofuncionalismo, neoestructuralismo u otros cuyos planteamientos retoman nociones ya trabajadas, pero supuestamente reforzadas o enriquecidas a la luz de la experiencia y la reflexión, tales como la Teoría Crítica y el Constructivismo.

La situación actual de la teoría de las Relaciones Internacionales se caracteriza por un debate constante entre diversas perspectivas interpretativas y que de ninguna manera se circunscribe en exclusiva al debate idealista-realista y su versión actual, sino que existen otras propuestas teóricas que aspiren a dar cuenta de la manera más integral de la realidad actual; por ejemplo, tenemos el debate que gira en torno de la modernidad y la postmodernidad, el del globalismo frente al regionalismo, el del universalismo ante los dilemas de los localismos y muchos otros que no hacen sino evidenciar y corroborar el hecho de que la sociedad es sumamente compleja y difícilmente comprensible desde una única panorámica, no obstante, todos estos enfoques, teorías, debates y paradigmas no hacen sino resaltar una gran ausencia en toda esta producción científica y disciplinaria: la necesaria incorporación de nuevas herramientas de análisis tales como las que la Prospectiva propone en aras de pensar sobre novedosas bases el futuro de la sociedad internacional.

Los estudios sobre el futuro en Relaciones Internacionales

A lo largo de toda la historia de las Relaciones Internacionales como disciplina, hemos sido testigos de su constante búsqueda de esquemas explicativos que den cuenta, de la manera más amplia y detallada posible, acerca de la lógica y dinámica de la sociedad internacional, la cual, en última instancia, es

su objeto de estudio. En esta labor hemos sido testigos de la profusa producción teórica que se ha formulado desde las más distintas posiciones teórico-filosóficas; sin embargo, podemos identificar que en la mayoría de ellas, sean éstas las concepciones clásicas o las formuladas en la revolución behaviorista, todas comparten un común denominador: el estudio de la paz y la guerra en sus múltiples dimensiones en términos de cooperación y conflicto.

No obstante, la propia evolución de la sociedad internacional, y la aparición o reposicionamiento de problemáticas tales como el crecimiento demográfico, la polarización económica, los temas medioambientales, así como las crisis energéticas y la proliferación de las amenazas a la humanidad, vuelven apremiante la reformulación de las perspectivas sobre las cuales se habían fincado las teorías de lo internacional. “Se habla, así, por algunos autores, de un nuevo contexto para las relaciones internacionales, que exige un replanteamiento de las perspectivas de análisis anteriores. En este sentido, el futuro de la humanidad, de la sociedad internacional, descansa no sólo en el control o resolución de los conflictos internacionales, sino igualmente en la introducción de una dinámica que lleve a la solución de una variedad de problemas” (Del Arenal, 2001,364).

Estas nuevas formulaciones han de responder a uno de los postulados básicos que plantean los postbehaviorista, es decir, el criterio de la relevancia. Ya que, como señala del Arenal (2001,365):

“... es indudable que todo estudio de las relaciones internacionales que quiera ser relevante necesariamente ha de desarrollar instrumentos conceptuales y metodológicos capaces de anticipar el cambio, en orden a su control u orientación. La dimensión de las transformaciones que se han producido, tanto dentro de los Estados como en la sociedad internacional y las que están en proceso de producirse, exige que la indagación intelectual se oriente hacia el conocimiento del futuro. Los problemas de predicción que implica esta tarea son gigantescos”.

En el campo específico de los estudios internacionales son muchas las aportaciones que han pretendido incorporar las reflexiones respecto al futuro, aunque no necesariamente desde análisis prospectivos rigurosos. Métodos como el *Delphi*, o la multiplicación de matrices, o el *Forecasting*, las series de tiempo, pronósticos, los métodos de escenarios, el análisis estructural, los métodos estadísticos, o la anticipación probabilística no suelen encontrarse en las propuestas en el campo de lo internacional. En todo caso, si retoma-

mos la propuesta de Godet en la que los escenarios pueden clasificarse en posibles, realizables, deseables, tendenciales, referenciales y contrastados, en función de la probabilidad de ocurrencia de éstos (Michael Godet, 2011), entonces podríamos decir que en el caso de los idealistas su propuesta de futuro ha estado más enfocada en escenarios deseables, sobre la base de formulaciones juristicistas y prescriptivas, más que en un análisis de probabilidad de ocurrencia.

Francisco Mójica (2008) distingue dos corrientes en el estudio del futuro: los voluntaristas y los deterministas. La vertiente determinista considera que el futuro es un espacio único, el cual no puede ser alterado, pero sí predecible. Es una corriente extrapolativa y descriptiva ya que identifica eventos del pasado y el presente para anticipar el futuro. Por su parte, la visión voluntarista propone, desde una visión más constructivista, la posibilidad de “crear” futuros. Suponen que éste ha de estar desligado del presente y del futuro a fin de formular futuribles a través de estrategias concretas. El futuro es un espacio libre. Quizá en este espectro, los teóricos realistas de la política internacional caerían más en una visión determinista elemental, pues suponen que el futuro no es sino la proyección de las leyes de la naturaleza humana; en consecuencia, si la anarquía, la guerra y la lucha por el poder y el interés han sido las constantes, nada indica que en el futuro esto vaya a cambiar.

En el contexto de la Revolución Behaviorista de las Ciencias Sociales en general y su expresión particular en el campo de las relaciones internacionales, van a surgir un número importante de propuestas teóricas caracterizadas, fundamentalmente, por su marcada atención a los métodos científicamente precisos con el deseo de elevar el grado de científicidad de la disciplina. En principio van a rechazar el método histórico descriptivo que había dominado el área y en su lugar propondrán enfoques científicos. Estimaban que la descripción cuantitativa y sistemática de los fenómenos de comportamiento, a nivel internacional a partir del método científico, podría contribuir de manera significativa a la unificación de las teorías parciales de las relaciones internacionales y de la política exterior.

La adopción de enfoques interdisciplinarios, atención a las unidades y niveles de análisis, la incorporación de instrumentos cuantitativo-matemáticos así como la matematización de las variables en juego y el análisis riguroso de los datos obtenidos y la elaboración de modelos, serán rasgos que caracterizarán estas teorías, entre las que destacan: la de juegos, la teoría de las causas de la guerra, del conflicto, las teorías de la negociación y las de toma de decisiones, entre otras. Todas las cuales tuvieron como objetivo identificar y

predecir el comportamiento de los Estados y de las demás unidades de análisis (actores internacionales).

Particular atención merece el aporte de Morton Kaplan, quien, en el ámbito de las relaciones internacionales, es reconocido como el padre del enfoque sistémico. Con su obra *System and process in International politics* propuso, desde un enfoque marcadamente científicista, una teoría de la política internacional a partir de la elaboración de 6 modelos sistémicos, tres de los cuales, según el autor, eran ya empíricamente demostrables, en tanto que los 3 subsecuentes eran estrictamente hipotéticos, pero materializables en el futuro. En este sentido, bien podríamos reconocer en Kaplan un incipiente enfoque prospectivista, aunque el paso del tiempo ha puesto en evidencia lo limitado de su propuesta (Morton Kaplan, 2005,57).

Además de las perspectivas ya referidas que han incorporado en sus reflexiones la dimensión a futuro, resulta pertinente citar a otro nutrido grupo de estudiosos de las relaciones internacionales que, desde la noción de “orden internacional” u “orden mundial”, han desarrollado toda una serie de teorías y enfoques. De hecho, muchas de las propuestas en torno al ideal de una paz perpetua y de organización internacional sobre la base del institucionalismo responden a esta idea.

Como enfoques abocados al análisis del “orden mundial” podemos distinguir tres orientaciones: los conservadores, los reformistas y los radicales. Los conservadores centran principalmente su atención en la estructura política, y sólo secundariamente en la económica, del actual sistema internacional y preconizan mínimas reformas del orden político mundial focalizando como eje de sus reflexiones al Estado. En el segundo grupo se incluyen las aportaciones realizadas desde una perspectiva global o casi global, pero eminentemente técnica y pragmática, que se dirigen a llamar la atención de los gobiernos sobre los problemas del mundo y sobre las soluciones a medio y largo plazo. En éste se encuentran contribuciones que responden tanto a iniciativas de los propios gobiernos u organizaciones internacionales, como de grupos privados u organizaciones no gubernamentales. En estas aportaciones se prescinde en general de las diferencias culturales en el mundo y no se atiende realmente al problema de la pobreza y el subdesarrollo de los países en vías de desarrollo. Las propuestas, que no suponen un cambio real de estructuras, sólo proponen en general reformas de carácter técnico y funcional. Mención especial merece en este grupo la labor desarrollada por el Club de Roma, que desde 1970 ha auspiciado una investigación sobre el “predicamento de la humanidad”, dando lugar a la elaboración de distintos informes.

Como parte de este proyecto, el Club de Roma invitó a un Grupo de Dinámica de Sistemas, perteneciente al Instituto de Tecnología de Massachusetts, bajo la dirección de Jay Forrester, a realizar la construcción de un modelo mundial para el estudio de las tendencias e interacciones de algunos de los factores que amenazarían a la humanidad y de las alternativas posibles hasta el siglo XXI. La primera descripción del modelo fue publicada por el propio Forrester, conociéndose en los medios especializados como *Mundo 2*. Siguiendo con esta línea de investigación, para 1972 Meadows, Randers y Behrens dan a conocer un nuevo modelo mundial más elaborado, construido a partir de la versión de *Mundo 2*. Ambos modelos contienen predicciones sobre el crecimiento demográfico, agotamiento de recursos y alimentos, inversión de capitales y contaminación. A la conclusión que llegan ambos es que antes de mediados del Siglo XXI la humanidad habrá de hacer frente a una serie de dilemas derivados del casi agotamiento de los recursos naturales, el enorme crecimiento de la población, la contaminación y la insuficiencia alimentaria, por lo que consideran que para evitar tales problemas era necesario proceder a un control de la natalidad, de las inversiones de capital y de las emisiones de contaminantes como única forma de llegar a un equilibrio global, dado que estiman que el crecimiento económico, la emigración y el desarrollo científico-técnico no serán capaces de proporcionar soluciones (Del Arenal, 2001, 368).

Este primer informe del Club de Roma fue objeto de severas críticas pues, a decir de expertos, no se habían tomado en cuenta variables tales como el desarrollo científico tecnológico, el descubrimiento de nuevos recursos y, además, que se habían dejado fuera diversos aspectos políticos y sociales lo que llevaba a que las predicciones no fueran confiables. Frente a esto en 1972 se organiza otro grupo de expertos quienes para 1974 publican el segundo informe del Club de Roma. Y para el año 1976 ve la luz el tercer informe, también conocido como Proyecto de Reconstrucción del Orden Internacional, realizado bajo la dirección de Tinbergen, cuyo objeto era diagnosticar, para un período de por lo menos 40 años, las posibilidades de evolución del orden internacional y fijar los medios para reducir, a través de la acción de los pueblos y los gobiernos, las desigualdades internacionales y reorganizar las instituciones existentes o proponer nuevas con el propósito de garantizar un futuro de bienestar a la humanidad.

Finalmente, está el tercer grupo de aportaciones, de planteamiento en general global y crítico, que propone futuras alternativas de orden mundial en términos de cambio real de las actuales estructuras mundiales, con el objeto de lograr un mundo en paz y justo. La preocupación dominante en estas

aportaciones es, pues, la crisis planetaria que, en su opinión, amenaza a la humanidad y que hace imposible hablar de paz, en el sentido ya señalado. De ahí la necesidad de formular alternativas de mundos futuros que permitan su realización.

Estos teóricos estiman que es necesario romper con el clásico paradigma del Estado y del poder y abordar la problemática actual desde planteamientos que sitúan al ser humano y a la humanidad en el punto de mira del estudioso. Se argumenta que la paz mundial y la seguridad son inseparables de problemas como los derechos humanos, el equilibrio ecológico, la desigualdad económica, el subdesarrollo, el hambre, la explosión demográfica, la explotación de los recursos y muchas otras. Los tradicionales planteamientos diplomático-estratégicos no pueden separarse, en consecuencia, de los planteamientos globales sociales, culturales, económicos y tecnológicos. Al mismo tiempo, se considera que los Estados, como tales, no están en condiciones de administrar ni de solucionar estos problemas globales, ya que son intrínsecamente incapaces de captar los intereses reales de la humanidad. Así, para esta concepción el Estado y el sistema de Estados es parte del problema que hay que resolver y no su solución.

Entre las aportaciones realizadas desde esta perspectiva se destacan, por lo ambicioso de su objetivo y lo radical de su planteamiento, las que se realizaron en el marco del *World Order Models Project* (WOMP). A partir de planteamientos críticos los participantes de este proyecto buscaron la formulación de alternativas futuras para el mundo, incorporando en su propuesta la investigación para la paz, pues ésta posee un carácter normativo, está orientada hacia la acción, busca la paz y la satisfacción de las necesidades humanas a partir del establecimiento de las condiciones para que el hombre pueda realizarse plenamente. En última instancia, los trabajos de la investigación para la paz, aunque parten de la realidad de nuestros días, conciernen como objetivo a estructuras y actitudes que aún no existen o, si existen, son poco relevantes. De esta manera, la investigación para la paz tiene una dimensión futurológica o constructiva, que trata del futuro a partir del diseño de posibles estrategias de paz y mundos futuros. En esta línea autores como Johan Galtung han hecho importantes aportaciones tanto en la construcción de la paz como en el trabajo de conflictos (Johan Galtung, 2003).

El estudio del futuro también ha estado enmarcado por visiones que contemplan desde las posiciones más progresistas e incluso utópicas, hasta las más fatalistas en términos de la decadencia humana. Como ejemplo de esta primera aproximación tenemos las visiones optimistas del mundo, en las que

la búsqueda de la paz y de órdenes mundiales fincados en valores, supuestamente universales, llevaría a la organización de sociedades armoniosas, de paz y de progreso marcadamente imbuidas por el espíritu de la modernidad y del positivismo. Autores como Herbert Spencer personifican esta fe en el progreso como elemento forjador de futuros mejores para el hombre y la civilización. “Su versión del progreso civilizador era evolutiva a sabiendas, con la libertad individual y la solidaridad social fusionándose gradualmente en la sociedad liberal perfecta” (Arthur Herman, 1997,45).

Al lado de las ideas de progreso, otra línea, profusamente trabajada para el análisis de tendencias a futuro, ha sido la que promueve ideas más deterministas y fatalistas. Las tesis en torno a la decadencia de las civilizaciones o, más específicamente, de la decadencia de Occidente, han estado presentes por lo menos desde el Siglo XIX. “La idea de la decadencia de Occidente abarca dos tradiciones diferenciadas. Por cada intelectual occidental que teme el colapso de su sociedad (como Henry Adams, Arnold Toynbee, Paul Kennedy o Charles Murray), hay otro que aguarda ese acontecimiento con delectación” (Arthur Herman, 1997,17); de éstos ha surgido lo que se conoce como “pesimismo cultural”, lo cual, a decir de Arthur Herman, representa una visión más oscura y radical. “El pesimismo cultural encarna una visión específica de la historia moderna, ejemplificada por el título de la sombría obra maestra de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*. El mundo moderno y el hombre moderno, afirma el pesimismo cultural, están atrapados en un proceso de deterioro, agotamiento y colapso inevitable. Cabe destacar que este pesimismo cultural se vio fuertemente influido por la filosofía de Nietzsche y la condena que hace de la sociedad europea de su tiempo como enferma y decadente. Para el pesimista cultural el gran interrogante del futuro no es si la civilización occidental sobrevivirá, pues esto es claro que no ocurrirá, sino la pregunta que se plantean es qué la reemplazará.

En esta misma línea de reflexión ubicamos el trabajo de Paul Kennedy, quien en 1989 publicara su libro *The Rise and Fall of the Great Powers* (traducida al Español como *Auge y caída de la Grandes Potencias*) en la que lleva a cabo un minucioso estudio respecto de los elementos que constituyen las bases del poder y las capacidades de los actores protagónicos del sistema internacional; además, en su trabajo Kennedy trata de sugerir cuáles serán las perspectivas más probables para cada uno de los gobiernos que analizó a lo largo de su libro (Washington, Moscú, Tokio y Pekín) y, en consecuencia, para el sistema de las grandes potencias en su conjunto, aunque también reconoce que su futuro “dependerá mucho de la habilidad y experiencia con

que consigan “navegar” en la corriente del tiempo” (Paul Kennedy, 1989, 658).

La idea de que el futuro se puede identificar a partir de un conocimiento profundo y detallado del devenir histórico ha sido ampliamente explorada, particularmente en los estudios de relaciones internacionales. Ver a la historia como el “laboratorio” de los procesos mundiales llevó incluso a forjar una escuela de pensamiento sobre todo por las aportaciones de importantes estudiosos franceses como Pierre Renouvin (1991), Jean-Baptiste Duroselle (1998), y Raymond Aron (1989), quienes consideraban que sólo a través de un conocimiento de las “causas y fuerzas profundas” de los procesos históricos se podrían identificar ciertas regularidades en los mismos a fin de poder formular estrategias efectivas en un mundo caracterizado por la guerra y la paz.

Robert Heilbroner (1996, 135) es otro estudioso que recurre al pasado a través del estudio de la historia para observar el futuro. Este autor sostiene que:

“A lo largo de esta larga, lenta y a menudo errante marcha (la de la historia) creo que podemos tomar fuerzas reflexionando sobre el pasado lejano. Durante incontables milenios la humanidad ha hallado el valor para persistir, la inspiración para producir obras de arte extraordinarias, la voluntad para crear importantes civilizaciones, la fuerza para soportar las miserias, y el apetito para saborear los triunfos, todo ello sin el apoyo de una visión de un futuro que pudiera ser superior al pasado. No existen razones para que la misma elasticidad no pueda sustentar a la humanidad si pone hoy sus miras en el lejano mañana de nuestra imaginación. Baste con que podamos pensar en un futuro con capacidad de contener dichas posibilidades imaginables. La apertura y el potencial, sin seguridad sobre los futuros, son nuestros sustitutos para las brillantes esperanzas del progreso, así como nuestro consuelo para las más conocidas angustias del hoy”.

Ya sea a través de la historia, de los escenarios deseables, posibles o plausibles, de los instrumentos que aporta la probabilidad o meramente la intuición, las reflexiones y estudios en torno al futuro son muy abundantes y diversos en distintas áreas del saber humano. Tenemos tesis que van desde visiones proféticas, apocalípticas y milenaristas (Damian Thompson, 1998) en las que el futuro sólo nos depara el fin de todo lo conocido, hasta explicaciones sustentadas, dicen sus promotores, en las más rigurosas metodologías científicas.

Obras como *El shock del futuro* (1970) de Alvin Toffler, *La hora decisiva* (1980) de Modesto Seara Vázquez, o *After Hegemony* (1984) de Robert Keohane, por sólo mencionar algunas, junto con los Informes del Club de

Roma que ya hemos referido, fueron nutriendo la producción académica para el estudio del futuro en las áreas de los estudios sociales, particularmente enfocadas a los temas del escenario internacional.

La década de los años noventa fue particularmente prolífica en trabajos cuya principal preocupación giraba en torno a los escenarios futuros, muy probablemente como resultado de la coincidencia de varios procesos. Por una parte, las transformaciones que vivió el orden internacional producto del fin de la Guerra Fría y, por otro, la proximidad del año 2000, y con ello la influencia de ciertas visiones milenaristas pusieron en el centro del interés de muchos estudiosos el futuro del mundo.

Baste citar las siguientes obras para ilustrar el rol, cada vez más central, que fueron adquiriendo la preocupación, análisis y sistematización de los estudios del devenir de las sociedades en el contexto global. *Futuro Imperfecto* (1991) de Robin Wright y Doyle Mac Manus; *La Guerra del Siglo XXI* (1992) (*Head to Head*) de Lester Thurow o, de este mismo autor, *El Futuro del capitalismo* (1996); *Las Guerras del futuro. La supervivencia en el alba del Siglo XXI* (1994) de Alvin y Heidi Toffler; *Hacia el Siglo XXI. Un exhaustivo análisis de las fuerzas y tendencias que perfilarán el nuevo siglo* (1993) de Paul Kennedy; *El fin de Estado-Nación* (1995) de Kenichi Ohmae; *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial* (1997) de Samuel Huntington; y *La Era de la Información. Fin de milenio* (1999) de Manuel Castells entre muchos trabajos más.

Lo anterior no significa que una vez iniciado el nuevo milenio la preocupación por el futuro haya desaparecido; muy por el contrario, la producción de trabajos en esta dirección continúa en aumento. Sin embargo, el foco de atención se orientará más al análisis de lo que se ha dado en llamar las “nuevas” tendencias a partir de la identificación y definición de “nuevos actores”, amenazas y retos que impone la globalización. Obras como *Imperio* (2000) de Michael Hardt y Antonio Negri; *El nuevo orden mundial (y el viejo)* (2002) de Noam Chomsky; *La Paradoja del Poder Norteamericano* (2003) de Joseph Nye; de nueva cuenta Huntington con su libro *¿Quiénes somos?* (2004); y más recientemente el trabajo de George Friedman, *Thenext 100 years. A Forecast for the 21st Century*, son ilustrativas de la forma en que se sigue abordando la problemática del futuro del mundo, ya sea desde su configuración política y geoestratégica a partir de la definición de escenarios hegemónicos, hasta la incorporación de temáticas cuyo centro de reflexión es la humanidad, ya sea en asuntos concernientes a derechos humanos, seguridad, pobreza y marginación, salud, medioambiente, y recursos naturales, entre otros.

A manera de conclusión

El futuro, ese gran interrogante presente en la conciencia de los hombres en todas las épocas, seguramente seguirá ocupando la mente de quienes, articulando aseveraciones, ya sean producto de la intuición, el sentido común, la perspicacia, la inducción o incluso la imaginación, así como quienes pretendan abordar esta problemática con bases más sólidas y científicas, han de reconocer la enorme responsabilidad que implica aventurarse en este terreno.

Es apremiante dejar de lado las interpretaciones místicas, mágicas o proféticas respecto al futuro. No dudamos de la necesidad creciente de aproximarnos a éste con metodologías e instrumentos teórico-conceptuales más confiables, y justo en este plano es en el que la Prospectiva o también los llamados estudios del futuro tienen mucho que ofrecer en todos los campos del conocimiento, y en consecuencia en los de las Ciencias Sociales. Como comentara hace algunos años Alvin Toffler (1993,488):

“Asistimos a un impulso realmente extraordinario en dirección a un cálculo más científico de las probabilidades futuras, a un fermento que tendrá probablemente, por sí solo, poderosa influencia en el futuro. Sería tonto exagerar la actual capacidad de la ciencia para prever con exactitud acontecimientos complejos. Sin embargo, lo peligroso no es que exageremos la capacidad de la ciencia, sino que dejemos de utilizarla. Pues aunque nuestros intentos, aún primitivos, de hacer previsiones científicas terminen en el más completo error, el sólo esfuerzo nos ayudará a identificar variables claves del cambio, a aclarar objetivos, y nos obligará a una más cuidadosa valoración de las alternativas políticas. En todo caso, el sondeo del futuro produce rendimiento en el presente”.

Los estudios prospectivos cada vez más van ganando terreno en diversas áreas como las finanzas, el comercio, las políticas públicas y la economía, entre muchas otras tanto en los ámbitos nacionales como en el global. Las esferas públicas y privadas reconocen la necesidad de anticiparse a las tendencias y dinámicas del mundo a fin de estar preparados para los retos y oportunidades que éste ofrece; de ahí que todas las áreas del saber humano deben abrirse a la comprensión y análisis del futuro si es que se quiere participar efectivamente en él; de ahí que las Ciencias Sociales en general y las Relaciones Internacionales en lo particular, junto al resto de las disciplinas sociales, tienen ante sí un gran reto intelectual y disciplinario.



Bibliografía:

- Albiñana, Antonio (2001), *Geopolítica del Caos*, Debate, España.
- Aron, Raymond (1989), *Lecciones sobre la historia*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Aron, Raymond (1984), *Paz y Guerra entre las Naciones I y II*, Editorial Alianza, España.
- Arroyo Pichardo, Graciela (1977), “El carácter disciplinario de las Relaciones Internacionales y su estructura dentro del nuevo plan de estudios”, *Relaciones Internacionales* No. 16, Vol.V, enero-marzo 1977, UNAM, México.
- Cárdenas Elorduy, Emilio. (1997), “El camino hacia la teoría de las relaciones internacionales. Biografía de una disciplina” en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, No. 63.
- Cárdenas, Andrea (2006), “La concepción del futuro, entre modernidad y posmodernidad” en Zeraoui, Zidane, *Los Paradigmas de la Posmodernidad*, Limusa, México.
- Del Arenal, Celestino (2001), *Introducción a las Relaciones Internacionales* edit. Tecnos, España.
- Durance, Philippe (Coord.)(2014), *La prospective stratégique en action*, París, Odile Jacob.
- Duroselle, Jean-Baptiste (1998), *Todo imperio perecerá*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Galtung, Johan (2003), *Trascender y transformar, Una introducción al trabajo de conflictos*. Editorial Quimera, México.
- Godet, Michel y Philippe Durance (2011), *La prospective stratégique*, París, Dunod.
- Heckhausen, H (1980), “Disciplina e Interdisciplinariedad”, en *Interdisciplinariedad*, de Gaston Berger, México, ANUIES.
- Heilbroner, Robert (1996), *Visiones del Futuro, El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana*. Paidós, España.
- Herman, Arthur (1997), *La idea de la decadencia en la historia occidental*. Editorial Andrés Bello, España.
- Howard, Michael (1999), *Historia Oxford del Siglo XX*, Edit. Planeta, España.
- Kaplan, Morton A. (2005) *System and process in International Politics*. ECPR, Press, U.K.
- Kaplan, Robert (2000), *La anarquía que viene*, Ediciones B, Barcelona.
- Kennedy, Paul (1989), *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza & Janes, Barcelona.
- Laïdi, Zaki (1997), *Un Mundo sin sentido*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mojica, Fancisco (2008), *La construcción del futuro. Concepto y modelo de prospectiva estratégica, territorial y tecnológica*, Bogota, Universidad Externado de Colombia.

Peña Guerrero, Roberto (1998), "Interdisciplinarietà y Cientificidad en Relaciones Internacionales", en Cid, Ileana Compiladora: *Lecturas básicas para Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales*, UNAM, México.

Ramonet, Ignacio (1997), *Un mundo sin rumbo*, Debate, España.

Renouvin, Pierre et Jean-Baptiste Duroselle (1991), *Introduction à l'histoire des relations internationales*. Agora, París.

Service, Robert (1997), *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona.

Thompson, Damian. (1998), *El fin del tiempo: fe y temor a la sombra del milenio*, Editorial Taurus, España.

Toffler, Alvin (1993), *El shock del Futuro*, Plaza &Janés, España.

Villani, Pasquale (1996), *La edad contemporánea 1800-1914*, Editorial Ariel, España.

Zeraoui, Zidane *et al* (2011). *Introducción a la Prospectiva*. Editorial: Montiel & Soriano con Tecnológico de Monterrey, México.